

la Luz, es para nosotros, después de Dios, *todo bien*.—«*Bien del género humano*» la llama San Gregorio Nacianceno¹; «*Benignidad increíble*» San Andrés Cretense²; y «*Fuente y Río de Benignidad*» San Basilio³ de Seleucia.—El Sabio Idiota nos dice⁴: «*Acércate por medio de la devota contemplación de tu entendimiento á la gloriosísima Virgen María, Madre de Dios; porque con Ella, y en Ella, por Ella y de Ella tiene y tendrá el mundo TODO BIEN.*»—Ella concede al mundo el fruto de *todas las virtudes*⁵; Ella es «*flor purísima*»⁶ sin espinas, que exhala en favor nuestro el aroma de todas las virtudes y el precio de todos los sacrificios.

Con razón, pues, se llama la Inmaculada Virgen María, Madre de la verdadera vida y de todo bien, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

1 Orat. de Christo paciente.

2 Orat. de Annuntiat.

3 De Annuntiat. B. Marie.

4 Lib. de Virgine Maria.—*Prólogo*.

5 Sofronio, Serm. de Assumpt.

6 Victorino, in Prosa de Assumpt.

Salve, Verbi sacra Parens,
Flos de spinis, spina carens,
Flos spinetú gloria.
Nos, spinetum, nos peccati
Spina sumus cruentanti;
Sed tu spinæ nescia.

II

María es "Aurora," es "Luz," es "Sol."

«*Aurora*» llama á María el abad Ruperto; porque así como la aurora es todos los días fin de la noche precedente y principio del siguiente día; así esta inmaculada Virgen fué para nosotros fin de todos los verdaderos dolores y principio de todo consuelo. La aurora, dice Spinelli, no sólo es fin de la noche y principio del día¹, sino que anuncia la presencia del sol, pone en huida las aves nocturnas, invita á cantar á las del día, adelanta siempre en esplendor, y al mismo tiempo cae el blando rocío con que se refrescan los sembrados y se fecundiza la tierra. Así brilló la Santísima Virgen, como exterminio de las eternas tinieblas, cuando yacía su mido el mundo en las tinieblas de la ignorancia y del pecado; no sólo precursora, sino Madre del divino Sol de Justicia, arrojó como aves inmundas de las tinieblas á los demonios; á los siervos de Dios y á los mismos ángeles, como aves del día que vuelan hacia las celestes alturas, alienta ó invita á cantar las divinas alabanzas, mucho mejor que los tres jóvenes maravillosamente ilesos entre las devoradoras llamas del horno de Babilonia, invitaban á bendecir al Señor á todas las criatu-

1 *De Deipara*, cap. XXIV, núm. 28.

ras del universo; pues son tanto mayores los beneficios que Su divina Majestad dispensó al género humano por medio de su Purísima Madre. Aseméjase María á la aurora que á cada momento crece en esplendor; porque cuando vivía en carne mortal sobre la tierra, en todos sus actos iba multiplicando sus méritos; y ahora, después de su Asunción gloriosísima, el conocimiento de sus virtudes y grandezas va siendo cada vez mayor entre los hombres. Día por día crecen entre ellos la piedad, la admiración y el amor hacia esta Señora bondadosísima, por cuya poderosa intercesión derrámanse de lo alto como fresco rocío sobre los hombres raudales de divina gracia, con que se refrigeran sus almas en medio de los peligrosos ardores de tentaciones y concupiscencias, y van haciéndose fecundas para que en ellas germinen frutos meritorios de eterna vida. Por eso á la Inmaculada Virgen llama San Germán: «divino Rocío para refrigerar nuestros ardores.» Madre es esta celestial Aurora, y Madre Purísima del divino Jesús, que como benéfico rocío templó el ardor de nuestra concupiscencia, fecundizó el huerto místico del alma, y le hace fértil en todo género de buenas obras. No en vano desahogaba en tiernísimas ansias su oprimido corazón el profeta Isaías¹, exclamando: «*Oh Cielos! derramad desde arriba VUESTRO ROCÍO,*

1 *De Oblat. virg.*

2 Is. XLV.—8.

y lluevan las nubes al Justo; ábrase la tierra, y brote al Salvador, y nazca con El la Justicia.»

Que María es luz, y luz esplendorosa y vivísima, cántanlo unánimes y con admiración creciente y entusiasta los Santos Padres y Doctores de la Iglesia; y entre sus millares de elocuentísimos testimonios vamos á recoger algunos; que no hay corazón agradecido al cual puedan parecer muchos ó excesivos los elogios que se tributan á una buena madre. «Espejo, que refleja los esplendores del eterno Sol,» la llama el seráfico Enrique Susón.¹—Otros dicen de Ella que es «Espejo en que se ve á Dios,² no ya grande y en alto grado adorable, sino como Señor pequeño y amable en demasía; y aun más, mirase en Ella al mismo tiempo rico y pobre, pequeño y grande, eterno y niño, Hijo y Padre, creador y creatura.»—«Espejo de los espejos,³ que brilla con tanta claridad que no se puede imaginarla mayor bajo el cielo.»—«Espejo de toda la virtud divina; porque⁴ no hay virtud alguna en Dios que en Ella no brille, aunque Dios es la fuente y el dador de todas.»—«Espejo intelectual⁵ del esplendor del Padre, con cuya claridad, que es claridad de Dios, somos nosotros ilustrados.»—«Espejo clarísimo, más claro y más

1 *Dialogus Sapientia et ministri ejus*, cap. 16.

2 Ernest Prag. In *Mariali*, cap. 86.

3 El mismo *ibid.*

4 Santa Brigida, *Reve at*, lib. 1, núm. 42.

5 San Andrés de Creta. *Orat. 1, de Dormit.* SS. V.

puro que el tercer Serafín,¹ de tanta pureza, que otro más puro no pudiera imaginarse, á no ser el mismo Dios, el cual, siendo como es el Supremo Hacedor, la formó tan clara como manifestación plenísima de su poder y sabiduría. — «Clara Estrella, que ilumina² el cielo y la tierra.» — «Estrella³ que ilumina nuestra noche.» — «Puerta de iluminación de toda⁴ creatura.» — «Puerta de luz,⁵ porque por ella salimos de las tinieblas de la culpa, de pena y de toda miseria, y entramos á la luz, que es Cristo, y á la luz de la gracia, de las virtudes, de los méritos y de la eterna bienaventuranza.» — «Puerta más clara que⁶ la luz.» — «Madre lucidísima⁷ de Dios.» — «Palacio lucidísimo del Señor.» — «Palacio luminoso⁸ de Dios.» — «Palacio lucidísimo de Cristo, Rey de todos,» y «Palacio lucidísimo del Verbo.» — «Nacimiento del Sol,⁹ que no puede tener ocaso.» — «Nacimiento del¹⁰ ver-

¹ Santo Tomás de Aquino, opúsc. 61. «De 10 gradibus charitatis, gradu 10.

² Santa Matilde, «Gratia spiritualis,» lib. 1, cap. 55.

³ Juan Høndemio, *Invocatio SS. Deiparæ V.*

⁴ Beato Alberto Magno, *Biblia Merit.* lib. de Ezequiel.

⁵ Ricardo de San Lorenzo, *De Laudib. Virg.* lib. X.

⁶ Enrique Claravalense, *De peregr. civit. Dei,* tract. II.

⁷ Juan Tritemio, «De Miraculis B. V. Mariæ in Urincto,» lib. III.

⁸ San José el Himnógrafo, in *Mariati.*

⁹ Crisipo, *Serm. de S. Mariæ Deiparæ.*

¹⁰ Beato Alberto Magno, *Serm. II. in festo omnium Sanctorum.*

dadero Sol. — «Ornamento esplendísimo¹ del cielo.» — «Origen de² la luz.» — «Origen de la luz³ en la regeneración.» — «Virgen lucidísima⁴, encuyacomparación es negra la luna y oscuros el Sol y las estrellas, y — «Estrellas principal.» — «Estrella clarísima⁶ sin género alguno de oscuridad.» — «Estrella⁷ que viene al Sol en claridad.» — «Estrella del Paraíso,⁸ — «Madre de la

¹ San Bernardino de Sena, t. III, *Serm. I. De glorioso Nominis Mariæ.*

² Dionisio Cartusiano, *De Praesentat. B. M. V.* lib. I, artículo 29. San Antonino, *In Summ.* part. IV, tit. 15, cap. 14.

³ Beato Alberto Magno, *Biblia Mariæ*, en el Apocalipsis.

⁴ San Buenaventura, *Psalter, minus B. M. V.*

Ave, tota dealbata LUNA NIGRA REPUTATUR,
Virgo, cui comparata SOL CUM STELLIS OBSCURATUR.

⁵ San Buenaventura *ibid.*

Ave SIDES PRINCIPALE, In æternum æternorum
Alma Dei Mater, cale Digna sono cymbalorum.

⁶ San Buenaventura, *Laus B. V. Mariæ.*

Ista STELLA CLARISSIMA, LUCE NITENS PURISSIMA
Quam non violat radius, Chrystallo fulgens clarius.

⁷ San Anselmo de Cantorbery, «*Hymnus I, in laudem S. Deiparæ.*

Stella SOLIS CLARITATEM Semper Mater, quia nunquam
SEO VINCENS JURARE, Eris sine sobole.

⁸ San Anselmo Cantuariense, *Psalterium Domine nostre,* part. I.

Ave STELLA PARADISI, In laudes tui Filii
Cujus lumen adoramus, Allehya dum cantamus.

⁹ San Anselmo *ibid.*

Ave MATER VERE LUCIS, Lumen rectis corde Deus
Ex qua natus in tenebris Misericors est, et justus.

verdadera Luz,» y — «Madre castísima¹ del divino Oriente.»

Pero María no es luz tan sólo, ni sólo fuente de luz, sino que es *Sol*, en el sentido que determinan los Santos Padres² y Doctores de la Iglesia. — «Sol, como que fué ilustrada³ con el esplendor de la fe en la Pasión de Cristo. Porque, así como la luz del Sol nunca se extingue, así María no se movió ni vaciló en la fe, y permaneció, la única entre todos, siempre inmóvil, iluminando siempre y ardiendo en divino amor.» — «Sol hermosísimo,⁴ que ilumina á toda la Iglesia.» — «Sol⁵ comita á los buenos y á los malos, porque á éstos les consigue gracia, á aquellos se la aumenta.» — «Sol⁶ que ilumina con el ejemplo y el beneficio.» — «Sol;⁷ pues de Ella se dice en el libro de los Cantares: «Escogida como el Sol; porque así como el Sol ya en el instante de su creación adquirió toda su claridad, así la Bienaventurada Virgen en el instante de su Concepción sin mancha, alcan-

1 San Anselmo, *Hymni et Psalterium de S. V. Maria. ORIENTIS castissima Vita prorsus ut decedit MATER, fac nobis, Domina, Vetus, nova proficiat.*

2 *Summa aurea de laudibus B. V. M.*, sect. IV, Encomia Mariana.

3 Claudio Rapinas Celestino, *Serm. II, De Conceptione B. M. V.*

4 Juan Tritemio, *De Miraculis B. M. V. in Urticeto*, lib. 1, cap. 6.

5 Felipe de Greve, *Serm. 190*, in Ps. 88.

6 Mauric. de Villa Prob. *Serm. 9, Coronae novae B. M.*

7 Pedro Gal. *De Arcanis*, lib. VII, cap. 5.

zó ya todas sus perfecciones.» — *Sol místico*,¹ porque así como el Sol ilumina á todo el mundo con su luz, y es mayor y más espléndido que todos los planetas, así la Santísima Virgen, mayor y más digna que todas las creaturas, ilumina, fecundiza y alegra á toda la Iglesia, no sólo militante, sino triunfante; porque es la única salvación y gloria de todos los elegidos de Dios.» — «Sol, en el que² puso el Rey su tabernáculo, y del cual salió de su tálamo, para venir á nosotros el Esposo, Rey de las virtudes, Rey de la gloria, para que todos reinen por él.» — «Sol radiante,³ que despide saludables esplendores á los términos todos de la tierra.» — De ella dice el Beato Alberto Magno,⁴ que con razón se nos muestra vestida del Sol, puesto que parece *del todo sumergida en aquella Luz inaccesible*, no tocando de una manera superficial aquel fuego divino, sino de él completamente rodeada y cubierta: «Familiar te has hecho con El, oh Señora; vistesle y de El eres vestida; vistesle con la substancia de tu carne, y El te viste con la gloria de su majestad.»

«La gloriosísima Virgen, observa San Bernardo,⁵ como *lámpara ardentísima*, apareció tan admirable á los mismos ángeles, que exclamaban: ¿Quién

1 Dionisio Fab. *De Conceptione B. M. V.*, tract. 1.

2 San Ildefonso, *Serm. 1, de Assumptione B. M. V.*

3 San José el Hinnógrato, *In Mariati.*

4 Biblia Mariana.

5 *Serm. 1, de Assumptione.*

es esta que va subiendo cual aurora naciente, bella como la luna, brillante como el sol, terrible y majestuosa como un ejército formado en batalla? *porque rutilaba con más claridad que todos ellos.*

Dos son las principales propiedades que se notan en el Sol: la luz y el calor. «En el brillo, escribe el Papa Inocencio III,¹ significase la sabiduría de la Santísima Virgen; en el calor, la caridad. Porque de la Sabiduría se lee que es: *«el resplandor de la Luz eterna, y un espejo sin mancha de la majestad de Dios, y una imagen de su bondad.»* De la caridad se dice que *«tiene su fuego en Sión y su hogar en Jerusalén.»* Y *«las muchas aguas no han podido extinguir el amor, ni los ríos podrán sofocarle.»* Elegida fué, por tanto, María para que brillase y calentase como el Sol; para que brillase por su sabiduría y calentase por su caridad; porque el Espíritu Santo descendió sobre Ella, y la virtud del Altísimo la cubrió con su sombra. El Espíritu Santo es caridad, y de El se dice: *«Dios es caridad ó amor.»* Y la virtud del Altísimo es Sabiduría, de la cual se escribe: *«Cristo es la fortaleza y la sabiduría de Dios.»* Oye á María, que con sabiduría pregunta:² *«¿Cómo ha de ser eso? pues yo no*

1 *Sermone in SS. Dei Genitricem Mariam.* In solemnitate Assumpt.

2 Sap. VII, 26.

3 *Isaias XXXI, 9.*

4 *Cant. VIII, 7.*

5 *1 Ioann IV, 16.*

6 *Luc. I, 34.*

conozco ni jamás conoceré varón alguno.» Oyela cómo con caridad responde³ al ángel: *«He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.»* Oye en la purísima Virgen la sabiduría:⁴ *«Y su Madre conservaba todas estas cosas en su corazón.»* Oye en ella la caridad:⁵ *«Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu está transportada de gozo en el Dios salvador mío.»* Desciende sobre ella el Espíritu Santo para derramar en Ella afecto de caridad, á fin de que concibiese en su seno purísimo. Por esto se lee que Cristo fué concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y nació de la Virgen María. Y la virtud del Altísimo la hizo sombra, para darle inteligencia de sabiduría al concebir en su corazón. Por esto se lee:⁶ *«Oh bienaventurada tú que has creído! porque se cumplirán sin falta las cosas que se te han dicho de parte del Señor.»* Concibió en su seno virginal: *«Y el Verbo⁷ se hizo carne, y habitó en medio de nosotros;»* pero especialmente en María, dice Inocencio III. Concibió en su corazón al Verbo,⁶ *«que estaba en Dios, y el Verbo era Dios.»* Fué, por lo tanto, elegida María como *Sol*, porque:⁷ *«Puso Dios especialmente en el Sol su tabernáculo; y á manera de un*

1 *Luc. I, 38.*

2 *Luc. II, 1.*

3 *Luc. I, 46.*

4 *Luc. I, 45.*

5 *Ioann I, 14.*

6 *Ioann. I, 1.*

7 *Ps. XVIII, 6.*

esposo que sale de su tálamo, salta como gigante á recorrer su carrera.»

Al contemplar á María vestida del Sol, como la vió el evangelista San Juan, dice Alejo de Salo: ¹ «Mientras vivió María entre los mortales, como vestido envolvían constantemente su pecho y su cuerpo purísimo las abrasadoras llamas de su amor hacia Dios. Y bien podemos decir que aquel Sol de que aparece vestida, es decir, el Verbo Eterno, el Sol de Justicia, nuestro Señor Jesucristo, cuando estaba encerrado en su seno virginal, *no llenaba sólo su alma de vivísimos esplendores, sino también todo su cuerpo purísimo desde la planta del pie hasta su venerable cabeza.* Podemos decir, además, que está vestida del Sol, por aquella amplitud de gloria que alcanzó en el cielo, con cuyo esplendor se iluminan las mansiones todas del Paraíso y recreáanse los bienaventurados de una manera inefable.»

Admirado de tanta grandeza y de tan celestiales esplendores, exclamaba San Epifanio: ² «Oh Virgen Santa, *Madre de la Luz eterna*; de aquella Luz, que en los cielos ilumina los ejércitos de los ángeles; de aquella Luz que ilustra el ojo no entendido de los mismos Serafines; Luz, que alumbró el Sol con espléndidas antorchas; Luz, que ilustra los términos todos de la tierra, para que crean

¹ *De arte pte amandí et colendí Deiparam*, cap. 17

² *De laudib. Virginis.*

en la Beatísima Trinidad; Luz, que dijo de sí: «Yo soy la luz del mundo» . . .

III

María es "Luz" por su pureza inmaculada.

Y en primer lugar, una de estas gloriosas prerogativas de la celestial Señora es su exquisita y sobrehumana pureza, hermosa y delicada como la luz. «*Vaso de luz que ilumina todo el orbe.*» Ig llama por esta razón San José el Hímnografo. Anunciaba ya Moisés la concepción inmaculada de María, al hablarnos del diluvio universal, cuando decía: ¹ «*Segunda vez echó á volar la paloma fuera del arca. Mas ella volvió á Noé, por la tarde, trayendo en el pico un ramo de olivo con las hojas verdes.*» Sea que este ramo adornado de verdes hojas se hubiese maravillosamente librado de la ruina común en aquella universal inundación ²; sea que después del diluvio hubiese brotado con milagrosa rapidez; ello es que el bíblico ramo de olivo representa con mucha propiedad á la Inmaculada Virgen María mil veces más pura que la luz, y exenta, por privilegio especialísimo del Señor, de la original culpa que, sin otra excepción que la de Ella, contraemos todos

¹ Gen. VIII, 10 y 11.

² Pererio, lib. III *in Gen.*—San Juan Crisóstomo y San Ambrosio.

los hijos de Adán. Y bien pudo decir Ella misma en su inspirado cántico «Magnificat» que el Señor al formarla tan pura y tan hermosa, «hizo alarde¹ del poder de su brazo». De Julio César dicen² las historias que apreciaba tanto sus «Comentarios», que en cierta ocasión en que naufragó, con uno de sus brazos nadaba y con el otro, levantado en alto, sostenía con esfuerzo constante aquellas hojas, para que no perecieran entre las olas enfurecidas. Esto mismo podemos considerar que hizo Cristo nuestro Señor en medio de las embravecidas olas del mar rojo de su Pasión dolorosísima,³ en que parece exclamar: «Las aguas han penetrado hasta mi alma.» Con el brazo robustísimo de su Omnipotencia, y previendo sus incomprensibles méritos, libró del universal diluvio del pecado original á María, «libro preciosísimo⁴ en que el divino Verbo fué escrito sin manos de una manera infable.»

Este inapreciable privilegio de la Inmaculada Concepción de María mil veces más pura que la luz, proclamó ya, á los cuatro años de la gloriosa Ascensión de Cristo nuestro Señor á los cielos, la silla episcopal de Zaragoza, en cuya ciudad⁵ se

1 Luc. I, 51.

2 Theol. Mar. ibid. Cert. II.

3 Ps. LXVIII. 2.^o

4 San Juan Damasceno.

5 Marco Máximo, obispo de Zaragoza, el año 610. De él son las siguientes estrofas de un himno que compuso en con-

apareció María, viviendo aún en carne mortal, al apóstol Santiago el Mayor. Agradecido el ardoroso Hijo del Trueno, le erigió allí mismo un templo, dedicado á la purísima Concepción de María, el primero,¹ entre todos los del universo; al cual siguieron después, viviendo todavía la celestial Señora, los de Tarragona, Sevilla, Toledo² y otros. Del templo del Pilar de Zaragoza dice, Murillo³ que, no sólo tenía como Titular este infame misterio de la Inmaculada Concepción de María, sino que en el altar mayor se veneraba una estatua que así la representaba; lo cual nada tiene de extraño, pues sabemos que ya desde el tiempo del Apóstol Santiago celebrábase en España esta hermosa⁴

memoración de tan raro prodigio, como refiere Eleca, uno de sus sucesores, en las «Adiciones al Cronicon de Marco Máximo»:

Haec nam Jacobo Apostolo,	Conceptionis hinc diem
Et suo consanguineo	Iacobus hispanos docet
Aedem jubet conficere	Et praedicat (suo caeteri)
Cunctis manentem saeculis.	Quacunque labelberam.
Ostendit illi se hilarem,	Hinc mos habet principium
Suoque natalitio	Hinc celebrandi jugiter
Conceptionis aureae	Populis Iberis diem,
Templo manent encomia.	Qui durat usque hodie.

1 Lucio Dextro en sus «Fragmentos», año de 38: «Prima totius orbis aedes erecta B. Virginis Caesaraugustana fuit.

2 Lucio Dextro, año 38.

3 Murillo. «Historia del Templo del Pilar de Zaragoza.»

4 Lucio Dextro, en el año 300: «A Iacobi praedicatione celebratur in Hispania festum immaculatae et illibatae Conceptionis Dei Genitricis Mariae.

fiesta; y en tal doctrina confirmaron, además, á los españoles muchos de aquellos fieles que, por efecto de la persecución suscitada en un principio contra los cristianos en Jerusalén,¹ emigraron á Cartagena y extendiéronse después² por todas las regiones de España.

Admirando, dulcemente embelesados los Santos Padres, esta bellísima prerrogativa de la Concepción Inmaculada de la Santísima Virgen, la dedican los más tiernos y expresivos epitetos. «Espejo lucidísimo de angellica pureza y de santidad, mostrado á todo el universo,» la llama Dionisio³, y—«Espejo lucidísimo de mis ojos en todos los días de mi vida.»—«Esplendor ilustrísimo y fulgentísimo de los siglos,» la apellida⁴ San Efrén.—«Esplendor del mundo,»⁵ San Juan Crisóstomo.—«Esplendor rutilante con ojos de oro;—«Esplendor hermosísimo con todo género de bellezas, cuya luz para nosotros no tiene ocaso;—«Esplendor que centellea brillantísimo, e ilumina á todo el orbè;»⁶ y—«Esplendor que recrea á maravilla,» dice de ella⁷ el Anónimo griego.

El mismo nombre de *Esplendor* le dan otros San-

1 Act. VIII, 1.

2 Lucio Dextro, en el año 35.

3 Dionys, Fab. tract. I. *De Concept.* B. M. V.

4 Sermo de *Laud.* B. M. V.

5 Serm. VI. *De Ascensione Domini.*

6 Anónimo in *Menactis Graec.* día 7 de Marzo.

7 El mismo. *Euchologium* ó *Rituale Graecorum*, in *Officio in pestilentialis morbi periculo.*

tos Padres y Doctores¹ místicos. «*Esplendor alegre y de mucha luz.*»—«*Esplendor de los ángeles y Esplendor de los Apóstoles.*»—«*Esplendor de las almas santas.*»—«*Esplendor singular.*»²—«*Esplendor³ deviruid.*»—«*Esplendor total⁴ de todos los fulgores que reciben los espíritus.*»—«*Esplendor que introdujo en el mundo⁵ al Sol, Cristo nuestro Señor.*»—«*Esplendor⁶ del cielo.*»—«*Esplendor de gloria⁷ que baña al mundo de luz.*»—«*Esplendor⁸ oriental* y—«*Esplendor de la santa Iglesia.*»—«*Esplendor⁹ brillantísimo.*»—«*Esplendor refulgente¹⁰ de la divinidad.*»—«*Esplendor¹¹ de nuestra naturaleza.*»—«*Esplendor¹² de santidad.*»—«*Esplendor de la luz eterna¹³ en cuanto á la pureza de la mente.*»—«*Esplendor celestial¹⁴, al que sujetó el Padre Eterno las*

1 Summa Aurea de Laudibus B. V. M. Polyántha Mariana.

2 Jorge Nicomed. Orat. III. *De Praesentat.* B. V. M.

3 San José Hinnógralo, in *Mariali.*

4 San Anselmo, hymn. II. *B. Dei Genitricis.*

5 San Anselmo, *Psalter* B. V. M., part. II.

6 San Bernardo, serm. IV, in *Assumpt.* B. V. M.

7 Teodoro Lascaris. Orat. *De Annuntiat.* B. V. M.

8 Teodoro Lascaris, Cant. ad S. *Deip.* V.

9 San Simón Stock, *Praecat ad Deip.* V.

10 San Buenaventura, *Laud* B. V. M.

11 San Buenaventura, *Litaniae Psalterii* B. V. M.

12 Monje Jacobo, in *Mariali*, Orat. VI.

13 Isidoro de Tesalónica, Orat. *De Praesentat.* B. V. M.

14 Isidoro de Tesalónica, Orat. *de Assumpt.* B. M. V.

15 San Lorenzo Justiniano, «*De Triumphali Christi agone,*» cap. 7.

16 Bernardino de Bustos, serm. IV, *de Nativitate*, B. V. M.

17 Juan Bautista Mantuan. lib. V, *Parthen Marianae*, 5.

mentes angelicas y los astros; nadie ha tenido jamás tanta viveza de ingenio, nadie contó nunca con la venturosa gloria de lengua tan discreta y aguda, que pudiese dignamente cantar las glorias de María. Las gracias que á Ella han sido comunicadas, nunca las ha concedido antes el cielo á mortal alguno, ni las concederá jamás. — «Esplendor de las celestiales enseñanzas.» — «Esplendor de las celestiales.» — «Esplendor de las vírgenes.» — «Esplendor máximo.» — «Esplendor para los pecadores.» — «Esplendor de inocencia⁶, libre de toda sombra de culpa.» — «Esplendor de paz,⁷ que goza de tranquilidad la más completa.» ¡Tan expresivos y entusiastas son los epítetos que á la Reina Purísima de los ángeles dedican los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, ante la consideración gozosísima de su Concepción Inmaculada! Y ¿qué extraño, cuando las gracias que la celestial Señora recibió en su primera santificación fueron mayores y más ricas, que aquellas con que consuman su elevada perfección y su santidad los ángeles y los hombres? Con razón se la aplican aquellas significativas palabras del Espíritu Santo:⁸ «Sobre los montes santos está fun-

1 Juan Tritemio, *De mirac. B. M. V. prope Dittelb.*, lib. I, cap. 10.

2 Juan Tritemio, *de Mirac. B. M. V.*, lib. IV. in *Urtic.*

3 Juan Tritemio, lib. I, de *mirac. B. V. M. in Urt.* c. 6.

4 Manrico de Villa Prob. *Serm. 31, Coronae novae B. V. M.*

5 *Ibid.*

6 Dionys Fab. tract. 1, de *Concept B. M. V.*

7 *Ibid.*

8 Ps. LXXXVI, 1.

dada Jerusalén;» porque los comienzos de la admirable santidad de María están puestos allí donde termina la mayor altura de perfección en los santos; pues «ama el Señor las puertas de Sión» más que todos los tabernáculos de Jacob; preferencia muy explicable, toda vez que el Altísimo que la ha formado tan pura y tan hermosa, en Ella² se ha dignado hacerse hombre. No en vano, con espíritu profético había dicho de Ella siglos antes Isaías: ³ «En los últimos días, el monte en que se erigirá la casa del Señor tendrá sus cimientos sobre la cumbre de todos los montes, y se elevará sobre los collados; y todas las naciones acudirán á él.» Este monte, nota San Gregorio,⁴ es María; y de Ella dice el Eximio Doctor P. Suárez,⁵ que bien se puede creer le fueron concedidos más grados de gracia, que á todos los ángeles y á todos los hombres juntos; pues la multitud de gracias que en todos ellos podemos concebir, no igualan ni con mucho las gracias riquísimas de María. Y no es maravilla, cuando «con uno solo de sus ojos, es decir, en un solo momento de altísima contemplación, hería con agudísimas saetas de encendido amor el corazón del mismo⁶ Dios.»

1 Ps. LXXXVI, 2.

2 Ps. LXXXVI, 5.

3 Isaías II, 2.

4 In lib. I. Reg. c. I. n. 5.

5 De mysteriis vitae Christi, D. 18, S. 4.

6 Magnetem gerit illa oculis operosa pudicis:

Hinc mentem et sensum magnetis more lassicit.

Y cuando tan amoroso influjo ejerce en aquel divino Corazón ¿con qué poderosa eficacia no logrará avasallar los corazones de los hombres? Entre millares que podrían, sin duda, citarse, sólo recordaremos al Petrarca, celebrado poeta que, aun en medio de humanas flaquezas á que un día rindiera algún tributo, la dedicaba culto tiernísimo, y convertido ya y próximo á morir, la encomendaba el alma, queriendo que así constase en su mismo epitafio.¹ La luz celestial que la Purísima Virgen María parece irradiar con amoroso encanto de todo su ser, arrancó también á la armoniosa lira del Petrarca melodías² dulcísimas, como ardorosos encantos había puesto también en las lenguas y escritos de los extáticos Doctores de la Iglesia.

1 *Frigida Francisci lapis hinc tegit ossa Petrarchae.
Suscipe, Virgo Parens, animam: sate Virgine parceret
Fessaque jam terris, coeli requiescant in arce.*

2 Virgine bella, che di sol vestita,
Coronata di stelle, al sommo Sole
Piacesti sí ch' in te sua luce ascose,
Amor mi spinge a dir di te parole;
Ma non so' neominciar senza tu' aiuta.
E di Colui ch' amando in te si pose.
Invoco lei che ben sempre rispose,
Chi la chiamó con fede.
Vergine s'a mercede
Miseria estrema dell' umane cose
Giammai ti voise, al mio prego t'inchina.

IV

María es "Luz," por su Nombre dulcísimo y su hermosura.
Sus ojos son fuentes de luz.

Clara analogía con la luz tiene también el nombre dulcísimo de María, que no sin fundamento creemos revelado á sus venturosos padres por algún ángel, é impuesto por Dios nuestro Señor³; pues tal distinción había sido también concedida en favor del patriarca Isaac² y del inocente Precursor³ del Mesías. El nombre de María, dice el Beato Beda,⁴ es voz hebráica, que significa «*Estrella del mar*» . . . ; y con razón, pues mereció dar á luz en favor de todos los siglos al Señor de todo el mundo y á la Luz indeficiente y eterna.

Muchos son los Santos Padres y Doctores que, teniendo en cuenta la significación consoladora de este nombre augustó de María, la llaman de muchas maneras⁵: «*Estrella*» — «*Estrella, de la cual brotó el Sol, Cristo nuestro Señor*» — «*Estrella fulgurisima, de la cual salió Cristo*» — «*Estrella de la vida*».

1 Suárez, «*De Myseriis*» . . . D. 2, S. 1.

2 Gen. XVII—19.

3 Luc. I—13.

4 In cap. I Luc.

5 *Summa aurea de laudibus B. V. M.* t. X. Sectio IV.

6 San Felipe Apóstol, Sermon. *In Transitu B. V. M.* según Amadeo, raptó 8.

7 San Efrén, Sermon. *de Laudibus B. V. M.*

8 Esiquio Sermon. *de Laudibus B. V. M.*

— «Estrella del mar que dió á luz¹ á la Luz del mundo.» — «Estrella del mar,² á la cual recibió en sus tronos el cielo.» — «Estrella refulgente con los resplandores de la Divinidad, nacida de Jacob³ para los que yacían oprimidos por las tinieblas; pues por ella encarnó Cristo Dios que nos ilumina.» — «Estrella clara y brillante,⁴ que ilumina el mundo con el ejemplo de su santidad y con los numerosos rayos de sus virtudes, clara también por la pureza de su vida, sin tener en sí mancha alguna.» — «Estrella del mar, es decir, de los miserables,⁵ destinada desde la eternidad para que por ella el Señor se compadeciese de todos, y en ella encontrasen refugio todos los miserables que fluctúan en la amargura del pecado; Estrella, que engendró la luz que alumbrá á los que navegan en este mar del mundo.» — «Estrella esplendídisima de la mañana,⁶ que luce antes de que amanezca; porque su nacimiento precedió al nacimiento de Jesucristo, su bendito Hijo, que es la luz y el día.» — «Estrella del mar,⁷ con cuya luz es imposible padecer naufragio, ni se interpone nube alguna, sino por culpa del que la mira.» — «Estrella clarísima⁸, cuya luz es vida para los justos y alegría para los de corazón recto.»

1 San Isidoro, lib. VII Orig. c. 10.

2 San Ildefonso, Serm. I de Assumpt. B. V. M.

3 San Juan Damasceno, Octoec. Graecorum.

4 Idiota De B. V. M., parte XIV, contempl. 15.

5 Idiota. De B. V. M., parte XIV, contempl. 16.

6 San Andrés de Creta, Orat. de Dormit. B. V. M.

7 San Anselmo Lucense, sobre el Ave Maria.

8 San Anselmo de Cantorbery, Cant in Ps. B. V. M., parte II.

— «Estrella iluminada por el verdadero Sol,¹ de la cual nació en medio de las tinieblas la luz para los rectos de corazón, el Señor compasivo, misericordioso y justo.» — «Estrella nobilísima, nacida de Jacob,² cuyos rayos iluminan todo el orbe, cuyo esplendor brilla en los cielos y penetra los abismos, se extiende por la tierra y calienta más los entendimientos que los cuerpos, fomenta las virtudes y consume los vicios.» — «Luz celestial,³ y — «Lámpara brillante⁴ del orbe,» la llama también San Anselmo.

Luz es también la hermosura de María. Filoteo⁵ la llama «Belleza de luz,» y — «Más hermosa que el Sol,»⁶ San Tarasio, patriarca de Constantinopla.

1 Abad Guiberto, Tract. contra Judaeos, lib. III, c. 3.

2 San Bernardo, Homil. II, de Laudib. B. V. M. super «Misus est.»

3 Rhythmus ad Sanctam Virginem Mariam. ...

Maria lux aetherea,	Tui stratus vestigiis
Ut meas preces deferas,	Mente depono supplicii.

4 Ibid.

Regina caeli inclyta,	Meas absterge lacrymas,
Orbis lampas siderea,	et peccatorum nebulas.

5 In Menais Graecor, die 16 Julii.

6 Serm. de Praesentat. suprasanctae Deiparae:

Ave, lumen gratiae,	Cunctis amabilior
Deo valde grata,	Aegris medicina:
Summae Sapientiae	Omnibus potentior
Nata fabricata:	Mater et Regina.
Ave, sole pulchrior	Radix pudicitiae
Stella matutina	Nunquam inquinata
Lilio floridior,	Labis primigeniae,
Rosa sine spina:	Semper illibata.

Aseguran algunos, y de esto trata Luis Novarino,² que cuando la Inmaculada Virgen vivía en

Inter spinas liliam,	Caeli nobis ostium
<i>Solis pulchra aurora,</i>	Pande in mortis hora.
Tu pro nobis Filium	Et in Dei gaudium
Pia semper ora;	Transfer sine mora.

Así lo reconocen entusiastas, entre tantos otros, San Pedro, de Sicilia, en este himno.

<i>Ave Sole purior</i>	<i>Cujus lux lætitiæ</i>
<i>Luna plena pulchrior,</i>	Mortis et moestitiæ
<i>Splendida Maria</i>	<i>Tenebras fugavit.</i>
<i>Coeli luce clarior,</i>	<i>Tu Sol super omnia</i>
Cunctis astris gratior	<i>Lucens, noctis inscia</i>
Digna laude pia.	<i>Tota sole amicta:</i>
<i>In te solem gratiæ</i>	<i>Veræ lucis gaudia</i>
Christus sol justitiæ	Fiant nobis pervia
<i>Mire radiavit.</i>	Per te, benedicta.

San Metodio, obispo de Tiro y mártir, dedícale también este himno:

<i>Maria, tu sideris</i>	<i>Solem tu justitiæ</i>
<i>Instar luminosa:</i>	<i>Præcens aurora;</i>
<i>Stella maris diceris</i>	Tota pulchra specie
<i>Mire radiosa</i>	<i>Fulges omni hora.</i>

<i>Plena luce gratiæ,</i>	MATER VERI LUMINIS,
<i>Rutilans, decora,</i>	<i>Splendor puritatis....</i>

Y San Andrés, obispo de Creta, dicele en uno de sus himnos:

Plus decora quam aurora.	<i>Stella maris,</i> ab amaris
<i>Luna præcellentior,</i>	Casibus me libera
<i>Et solaris luminaris</i>
<i>Radio fulgentior.</i>	<i>V. Lux micans de caligine.</i>

R. Illustra nos, Maria, gratiæ lumine

1 Theol. Mar. Palaestr. VI, Cert XII.

2 «*Umbra Virginea*» excursu 80.

carne mortal, con sólo dejarse ver movía á todos á penitencia. A este propósito escribe Timoteo Hierosolimitano: «Dirigiendo la vista á una y otra parte el justo Simeón, vió en el templo muchas mujeres, pero todas ellas marcadas con el sello y adorno propio de la humana naturaleza; y advirtió que *sola la Virgen aparecía rodeada de una luz divina é infinita*. Corriendo, pues, fué á separarla de las demás madres. . . » —Ricardo de San Lorenzo dice: «*Convirtiósse Maria en vestidura del Sol de Justicia cuando le vistió de purísima carne; y estaba Ella misma vestida de este Sol.*» Con razón, Venancio Fortunato, al cantar la celestial belleza de Maria, dice que el Sol y todos los astros del firmamento rendían vasallaje á la Inmaculada Madre de Dios.

Como fuentes de purísima luz eran, aun viviendo

1 Orat. ad «*Nunc dimittis.*»

2 Lib. XII, Sermon. in *Assumpt. B. M. V.*

3 Libr. VIII, hymno 5:

Ore diem jaculans, radios a fronte sagittans,
Luminibus rutilis, lumen honore rotans.
Sydereum speculum, illustris domus Omnipotentis.
Vultibus ex illis fulgura clara ferens.

Chrystallum, electrum, aurum, ostrum, concha

alba, smaragdus,

Quo tua forma nitet, cuncta metalla jacent.

Nix premitur candore tuo, sol, crinis honore.

Pallescent radii, Virgo, decore tui.

Lichnites hebes est, cedit tibi Lucifer ardens,

Omnibus officis lampade major ades.

sobre la tierra, los celestiales *ojos de María*; y algunos¹, recordando aquellas sagradas palabras del Cantar de los Cantares:² «*Aparta de mi tus ojos, pues esos me han hecho salir fuera de mí, y me arroban,*» las comentan en estos términos: «Oh Virgen, que te dedicas á la altísima y purísima contemplación de la divinidad, aparta de ella los ojos del espíritu, y aplícalos á contemplar el misterio de la Encarnación del Verbo, que en ti se verifica; porque esos ojos de la pureza de tu alma como que me arrobaban é hicieronme volar del seno del eterno Padre á tu seno purísimo.» De estos ojos augustos del alma de María daban alguna idea los ojos purísimos de su cuerpo virginal, que despedían destellos los más expresivos de su encendido amor de Dios. De ellos decía el Poeta:³

«Luces del alma, soles del espíritu, teas del corazón, estrellas del entendimiento. Oh semblante, oh cielo, velado con tantas y tan divinas luces!» — «*Ojo del cielo,*» la llama Ricardo de San Lorenzo⁴, es decir, ojo de la Iglesia ilustrada por los santos, como otras tantas estrellas, por razón de su inmaculada pureza; porque así como el ojo ilumina

1 Alapide, *In Cant.* c. VI.

2 Cant. VI—1.

3 «*O charissimae luces,
Nitidissimi soles,
Felicissimae faces,
Augustissima sidera.*»

4 De Laud. Vig., lib. IV.

todo el cuerpo, así María ilumina toda la Iglesia, que es el cuerpo místico de su divino Hijo, con los rayos de sus santos ejemplos: por eso se dice de Ella: «cuya inclita vida ilumina todas las iglesias.» — «*Ojo para el ciego,*» la aclama Alberto Magno,¹ es decir, ojo para el pecador; pues le guía mostrándole el camino, y alejándole del abismo del infierno. — «*Ojo del orbe,*» la considera Bernardino de Bustos.² Y al meditar la pureza singular y lucidísima de esos ojos ¿quién habrá que no se sienta admirado una vez más³ de sus maravillosas gracias, de sus insignes prerrogativas y de sus deslumbradoras y purísimas luces?

1 In Biblia Mariae, en el libro de Job.

2 Serm. II de Assumpt, B. M. V.

3 Eco de la admiración de muchos es aquel fervoroso Franciscano del Colegio de Guadalupe de Zacatecas, autor de la «*Pintura afectuosa de la agraciada y peregrina hermosura de... María,*» cuando dice:

Ojos de paloma,	Si digo que sois
radiantes luceros,	á un mismo tiempo
¿qué diré de Vos	Sol, luna y estrellas,
que no sea lo menos?	antorchas, luceros,
Si digo que sois	me parece agravio;
antorchas del cielo,	pues junto todo eso,
ó lucidos soles,	es sombra y borrón
no quedo contento.	en nuestro cotejo.
Si lunas os llamo,	Al inaccesible
me parece yerro;	sol, os asemejo
si estrellas os nombro,	y sólo así queda
muy atrás me quedo.	mi amor satisfecho.

Maria es "Luz," por su sabiduría.

La sabiduría es luz; y de ella dice el Espíritu Santo¹ que «es el resplandor de la Luz eterna.» Y luz, por consiguiente, en razón de su admirable sabiduría, es la Inmaculada Madre de Dios. «Ciencia de las ciencias² santas, la apellida San Bernardo, y—*Ciencia³ de todo el orbe.*» Pablo de Heredia.—Llámanla también⁴ *Sabiduría*, en la cual *no hubo jamás ignorancia de secreto alguno.* La sabiduría fué en Ella perfectísima, porque más que todas las creaturas participó de la sabiduría de Dios, y de ella nos fué propuesta por Dios⁵ como ejemplar. Además, es Madre de la eterna Sabiduría, y en Ella redundan las justas alabanzas que por este y todos los conceptos se tributan á su divino Hijo. A María aplican los sagrados Comentaristas aquellas palabras del inspirado libro del Eclesiástico:⁶ «Desde el principio ó ab æterno, y antes de los siglos, ya recibí yo el ser, y no dejaré de existir en todos los siglos venideros.» Porque ella fué⁷ ab æterno predestinada para ser prin-

1 Sap. VII, 26.

2 Serm. I. sobre la *Salve, Regina.*

3 De Conceptione B. Mariæ V.

4 Bro. Alberto Magno, *Biblia Mariæ* sobre *Missus est*

5 Alapide, *In Eccl.* c. 24.

6 Eccl. XXIV, 14.

7 Alapide, *In Eccl.* XXIV.

cipio de las obras de Dios, ó sea de todas las creaturas, y para que fuese idea de la santidad á que había de elevar á los ángeles, apóstoles, mártires, vírgenes y confesores. Otorgóle el principado de gracia y de gloria; y le concedió también el de santidad y el de dominio, pues la destinó para ser la Reina y la Señora de todas las creaturas. Fundado en esta doctrina, el abad Ruperto supone á la Santísima Virgen¹ meditando agradecida y humilde estos altísimos conceptos: «Antes de nacer, ya estaba yo en la presencia de Dios; antes de ser yo formada, le era perfectamente conocida. Me eligió antes de la creación del mundo, para que fuese santa é inmaculada en su presencia por la caridad.» Y si sus delicias son el estar con los hijos de los hombres; ¿cuánto mayores no habrán sido al contemplar y conversar con María, milagro de perfecciones y grandezas entre todos los hijos de los hombres? Esta consideración movía á San Juan Damasceno² á llamarla «abismo de milagros y cúmulo de las más estupendas maravillas.»

Todos los dones y gracias que en algún tiempo han sido concedidos á todos y á cada uno de los santos, todos ellos y en toda su plenitud han sido otorgados á María; y esto, en que convienen todos los Teólogos, dedúcese, como explican Saa Sofro-

1 In Cant. II.

2 Serm. I de Nativitate B. M. V.

nic¹ y San Pedro Crisólogo,² de aquellas palabras del sagrado libro de los Proverbios:³ «*Muchas son las hijas que han allegado riquezas; mas tú á todas has aventajado.*» Por esto decía San Bernardo:⁴ «*Todo aquello que á alguno de los mortales, aunque sean pocos, haya sido concedido, de ningún modo se puede creer haya sido negado á tan excelsa Virgen, por la cual los mortales llegaron á conseguir la vida.*»

Aplicanse también á la Santísima Virgen estas palabras del Eclesiástico:⁵ «*Yo como canal de agua inmensa, derivada del río, y como acequia sacada del dioryx, y como un acueducto salt del paraíso,*» y así las comenta San Buenaventura:⁶ «*Todas las gracias entran en María, porque en Ella entran el río de gracias de los ángeles, y los de las gracias de los patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, confesores, vírgenes y doctores; pero ¿qué extraño, si todas las gracias vienen á converger en María, de la cual se van derivando después á cada uno de los fieles?*» Aun el mismo Mahoma, el llamado profeta de los musulimes, no vacila en rendir á la Santísima Virgen en su Alcoran algunos elogios, escribiendo: «*Dijo el ángel Gabriel á María: ¡Oh María! Dios*

1 Serm. de Assumptione.

2 Serm. 143.

3 Prób. XXXI, 29.

4 Serm. 174.

5 Eccl. XXIV, 41.

6 In Speculo, cáp. III.

te ha elegido y dado gracia, y te predestinó sobre todas las mujeres de todos los siglos, y te puso como un nuevo medio entre los hombres de la tierra y los ángeles de Dios, en el paraíso de delicias.» Es, por lo tanto, muy lógico asegurar que, puesto que excedió María en todo género de gracias, prerrogativas y dones á todos los ángeles y á todos los hombres, excedió también en sabiduría á los más célebres Doctores, y aun á los encumbrados querubines.

Entre tan singulares gracias debemos contar la de la *ciencia infusa*, que no puede ser adquirida por estudio, sino que gratuitamente la concede Dios nuestro Señor. Muchos son los sagrados Doctores y los Teólogos que se extienden en encomiar este privilegio de María; pero merecen especial mención el Beato Alberto Magno,¹ San Bernardino de Sena² el Doctor Eximio Suárez,³ Salazar⁴ y Luis Torres⁵. Si tuvieron ciencia infusa nuestros primeros padres; si gozó también de ella Salomón, y aun de una manera transeunte algunos de los Profetas⁶ ¿cómo no había de poseerla con mucha mayor razón la Santísima Virgen? Así lo considera, entre muchos, Dionisio el Cartusiano, que en pocas

1 Super *Missus est*, cap. 149, 176, 177, 197.

2 T. II, sec. 51, art. 1, cap. 2.

3 T. II in 3, part disp. 18, sec. 2.

4 De Concep. c. 32.

5 Centur. 3, dub. 14.

6 El Abulense, In III Reg. IV, quæst. 11.

frases encierra un gran pensamiento: «Así como convino que el Santo de los santos tuviese una Madre Santísima, pues al que es esencialmente Santo se le debía una Madre de tanta santidad, que no pudiese haberla de santidad mayor después de Dios; así también, á Cristo, que es la Sabiduría del Padre y origen fontal de toda sabiduría, convenia tener una Madre sapientísima y de sabiduría tal, que ningún hombre sobre la tierra, y por la misma razón ningún ángel en el cielo, pudiese ser más sabio. Porque, ¿en quién podría obrar con más eficacia la superabundante fuente de sabiduría, Cristo nuestro Señor, á quién pudiera iluminar y transformar mejor con la unción de la sabiduría, que á su propia Madre? Por esto, de la Sabiduría eterna se derivaron en Ella con grande plenitud los rayos de la verdadera sabiduría; y así como fué en la santidad muy semejante á su divino Hijo, ASÍ LO FUE TAMBIÉN EN LA SABIDURÍA.»

No menos expresivo aparece el piadoso abad Rupert, al exponer estas palabras que el Espíritu Santo pone en boca de la sagrada Esposa de los Cantares: «*Introdújome el Rey en su gabinete.*» Y ¿cuál es este gabinete del divino Rey? Todos los sagrados misterios que contiene la Escritura. Ninguno de ellos me ocultó, sino que exaltó suavísimamen-

1 De praecoquio B. Virginis, art. 1. 2.

2 In Cant. 1.

3 Cant. 1, 3.

te mi alma con todo linaje de dulzuras. El que infundió en mi todo su Verbo, que estaba y está en su divino Corazón, ¿cómo no había de darme con *El todas las demás cosas?* Esta ciencia infusa, esplendídisima y exuberante, la tuvo ya la Santísima Virgen desde el primer instante de su Inmaculada Concepción. «En su primera santificación, dice San Bernardino de Sena, en cuanto á la razón y al entendimiento le fué infundida por Dios tanta claridad de sabiduría, que conocia perfectamente las creaturas, y en cuanto es posible, al Creador, los espíritus todos, y el bien que puede seguirse y el mal que debe evitarse.» Por esta ciencia infusa no sólo conocia la Santísima Virgen los objetos sobrenaturales, sino también, como Cristo nuestro Señor, las cosas naturales: De manera que todo el tiempo de su infancia gozó del uso de la razón y entendía perfectamente las cosas celestiales, y aun durante el sueño podía ocuparse en la contemplación y amor de Dios, y en todos los instantes de su santísima vida dedicábase á la actual consideración de las cosas divinas, sin que por ello pudiera sentir cansancio ó fatiga alguna, pues el cuerpo sólo se fatiga en la contemplación del entendi-

1 Dionisio Rikelio, *In Cant.*, c. v.

2 Tract. de Virgine, sec. IV, art. 1, cap. 4.

3 Suárez, *De Incarnatione*, disp. 29, sect. 1 et 3.

4 Ragusa, disp. 90.—Cabrera, quaest. 11, art. 6, disp. 3.

5 Januari Bacceroni, S. J. *Commentarii de B. Virgine Maria*, Comm. 19.

miento por su necesaria cooperación y la concomitancia de los fantasmas. Todos estos privilegios de que gozan los ángeles, ¿qué maravilla es lo gozase también la Reina purísima de los ángeles y Madre inmaculada del mismo Dios?»

Tenia, además, la Santísima Virgen, ciencia natural adquirida, es decir, la que alcanzamos con el uso de nuestros sentidos y la repetición de nuestros actos; porque esta ciencia es una perfección en el orden natural, y, por lo mismo que es perfección, era muy propia de la celestial Señora. Ella veía los objetos con sus respectivos colores por medio de especies impresas sensibles; oía las palabras y percibía las cosas tangibles, odoríficas y gustables; comprobaba por la experiencia las verdades que con la intervención de otras ciencias conocía claramente desde el primer instante de su purísima Concepción; y el conocimiento de estas cosas que por medio de sensaciones formaba en su purísimo entendimiento, es lo que llamamos ciencia experimental.

Entre muchas y profundísimas ciencias y todo género de conocimientos que poseyó la Santísima Virgen, cuéntase el *don de lenguas*,¹ que recibió en compañía de los Apóstoles, cuando sobre éstos, y muy especialmente sobre Ella, descendió el Espi-

1 Raynaud, S. J.; *Opp. t. VII. Dypt. Mar. prolog. et. cant.* part. II, p. 5.

2 Biblia Mariana, *Act. Apóst.*

ritu Santo; y aun antes de este tiempo, porque no es creíble hubiese dejado de entender lo que le decían los Magos y lo que en su destierro le hablaban los egipcios; pues aunque la celestial Señora no estaba destinada á recorrer el mundo predicando la fe cristiana, muchas ocasiones se le habrán ofrecido en Jerusalén y en Efeso de consolar é instruir á cristianos de diferentes países, que acudían á visitarla para gozar del consuelo de conocer personalmente y consultar sus dudas¹ con la Purísima Madre de Dios. El divino Salvador, salva ligerísima excepción, no predicó más que á los judíos: «*Yo no soy enviado, decía El mismo,² sino á las ovejas perdidas de la casa de Israel;*» y, sin embargo, por más que no le necesitase, tenía el don de lenguas. Era, pues, muy propio que de él gozase también su santísima Madre, á la cual en nada podían aventajar los Apóstoles, ni las demás criaturas, tanto las humanas como las angélicas; mucho más cuando este don de lenguas le recibían³ con frecuencia en el acto de la Confirmación muchos de los fieles.

Brilló también la inmaculada Virgen María por su *elocuencia*, con mayor razón que el sabio hijo de David, á quien atribuye el Espíritu Santo estas pa-

1 San Antonio, part. IV, tit. 15, cap. 19, § 8.—Beato Alberto Magno, sobre «*Missus est,*» cap. 155.

2 Matth. XV—24.

3 Act. VIII—17—IX—6.

labras: *«A mí me ha concedido Dios el expresar con claridad lo que siento, y el tener pensamientos dignos de los dones recibidos del Señor.»* Y cierto, que todas las gracias de sublimidad y de feliz expresión que caracterizaron en algún tiempo á los más eminentes oradores, las poseyó con creces la Santísima Virgen, cuya elocuencia fué, sin duda, mucho mayor que la de nuestros primeros padres,¹ á quienes dió el Señor, como dice el Espíritu Santo,² *«ingenio para inventar, y los llenó de las luces del entendimiento,»* para que interpretasen con energía y explanasen con escogidas palabras las operaciones del Señor y la virtud y elementos de las creaturas. Y si *«la lengua de los sabios da lustre á la sabiduría,»* como asegura el sagrado libro³ de los Proverbios, ¿cuáles no serian los bellísimos encantos de sólida y escogida elocución con que expresaría sus elevados conceptos la Inmaculada Madre de Dios?

Plenísimo conocimiento tenía de las sagradas Escrituras, y sin poseer la práctica y los más propios y aventajados recursos de la *retórica*, no hubiera podido debidamente interpretar los relatos y descripciones de Moisés,⁴ llenos de majestad, notables unas veces por la abundancia de amenidades poéticas, y otras por la terrorífica gravedad

1 Sap. VII—15.

2 Theol. Mar. Palaestr. XIV, Cert. III.

3 Eccli. XVII—V.

4 Prov. XV—2.

5 Theol. Mar. *ibid.*

que imponen los mismos acontecimientos de que es historiador y testigo. La importancia y seriedad de las sentencias de Job, la belleza de sus descripciones y la elegancia de sus tropos; los copiosos recursos de sobrehumana elocuencia del inspirado Salmista y de su hijo Salomón, ora tronando y despidiendo rayos de terrible indignación contra los impíos, ora ablandando y moviendo con tiernas frases de encantadora suavidad los más obstinados corazones; los diversos giros y peculiares locuciones de los profetas, sus alusiones más ó menos claras, sus historias, quejas, vaticinios, alegorías, y la abundancia, variedad y belleza de sus figuras retóricas; todo esto lo comprendía á maravilla la Purísima Virgen, y para ello debía estar dotada de tales conocimientos y recursos de oratoria, como no los han poseído jamás los más célebres literatos y los más aventajados oradores que han alentado sobre la tierra. Admirábanse en todo cuanto hablaba celestiales dotes de majestad y de suavidad, ¹ copia admirable y embelesadora variedad en sus frases y sentencias, gravedad en las palabras, y propiedad y finura en la dicción. Sea que tratase alguna vez de la naturaleza y hermosura del cielo ó de la inconstancia de los bienes de la tierra; sea que hablase de Dios nuestro Señor y de su adorable providencia, para excitar á los hombres al arduo y difícil camino de las virtudes, re-

1 Theolog. Mar. *ibid.*

traerlos de la peligrosa senda del vicio, librarlos de las eternas penas del infierno é inflamar los ánimos en el amor de Dios; sus palabras eran tan escogidas y elocuentes, su expresión tan natural, oportuna y ardorosa, que con misteriosa eficacia ablandaba los más duros corazones, y movíalos invenciblemente á la virtud.

Y bien se puede decir de Ella, y con mayor motivo, lo que de Salomón dice el Espíritu Santo: *«Venían de todos los países á escuchar la sabiduría de Salomón, y enviados de todos los reyes de la tierra, entre los cuales se había esparcido la fama de su sabiduría.»* Nada significan respecto de la gracia y elocuencia de la Santísima Virgen las bendiciones y vaticinios de Jacob respecto de su hijo Neftali cuando predica: *«Neftali será como un ciervo que se ve suelto, y la GRACIA SE DERRAMARÁ SOBRE SUS LABIOS»* porque de Ella ha dicho con admirable propiedad el Espíritu del Señor en el Cantar de los Cantares: *«Como cinta de escarlata tus labios, tu hablar dulce y sonoro;»* como si quisiese decir que con sus palabras, como con cadena de oro, ligaba las inteligencias y los corazones de cuantos la oían. «Porque tu palabra, decía Teodoro, los encanta y dulcemente los encadena.» No es maravilla que con estas palabras encomie la belleza y dulzura de

1 III Reg. IV—34.

2 Gen. XLIX—21.

3 Cant. IV—3.

su expresión el divino Esposo de los Cantares: *«Son tus labios, oh Esposa mía, un panal que destila miel: miel y leche tienes debajo de la lengua.»* Con esta dulzura arrancaba María del estado de perdición á los pecadores, y los dirigía hacia la vida eterna; y no sólo esto, sino que en las maravillosas conquistas de su celestial elocuencia llegó á atraer á su seno purísimo desde el seno del Eterno Padre al Unigénito del mismo Dios. ¿Qué extraño que de Ella diga San Anselmo² que «todos los hombres admiraban su elocuencia»? Y es de notar que no se limita el Espíritu Santo á comparar la dulzura de sus palabras con la dulzura de la miel, sino que «sus labios son un panal que destila miel;» porque además de regalar con miel al paladar, el panal ofrece otro elemento no menos precioso, la cera que proporciona luz. No sólo eran dulces y suavísimas con admirable elocución y embelesadora elegancia las palabras de la Santísima Virgen, sino que *ilustraban* con divina luz las inteligencias y *encendían* los corazones, disponiéndolos para la virtud.

Esta encantadora elocuencia de María sobresale en su precioso cántico *«Magnificat»*, cuyas frases todas son sobremanera elevadas y enfáticas; brillan en él la sublimidad de los pensamientos, la delicada elección de tropos y figuras retóricas, la riqueza de escogidas locuciones y una gracia, ma-

1 Cant. IV—11.

2 Opúsc. de forma et moribus b. Virginis.

jestad y elegancia¹ verdaderamente avasalladoras en fuerza de su misma grandeza y elevado misticismo. Admirable es aquella hermosa gradación con que va conmemorando los beneficios² recibidos del Señor y dándole gracias; de éstos pasa al mayor beneficio de todos, el de la Encarnación, el cual ensalza diciendo:³ «*Acordándose de su misericordia, acogió á Israel su siervo*». Analizando con breves palabras este bellissimo Cántico, dice Gerson:⁴ «Hay otros beneficios de Dios, grandes en demasia, que nuestra cejestial jovencita canta en su salterio de diez cuerdas, engrandeciendo en su alma al Señor, transportado de gozo su espíritu en Dios su Salvador. Le engrandece, porque ha tenido en cuenta la humildad de su sierva, porque habian de aclamarla bienaventurada todas las generaciones, y porque había hecho en Ella cosas grandes, relacionadas con la grandeza de Dios en sí y el singular beneficio á Ella concedido; y por consiguiente, procede insinuando de un modo general otros beneficios, uniendo en varia y trópica antítesis la divina severidad con la misericordia, la exaltación de los humildes con la dispersión y abatimiento de los soberbios, y la vana abundancia con la salvadora pobreza. Finalmente, como oradora elocuentsima, termina en absoluto con esta palabra: «Aco-

1 Salmerón, tom. III, tract. XI.

2 Theol. Marian. *ibid.*

3 Luc. I—54.

4 Sobre el *Magnificat*.

gió á Israel su siervo» Observa Maldonado¹ que esta cantora celestial no nombra á Dios en el «*Magnificat*,» sino describiéndole con alguna figura oratoria que tenga mayor énfasis, é indicándole con honoríficos epítetos. Así que, no dice simplemente que Dios ha hecho en Ella cosas grandes, sino que con elegante perifrasis exclama:² «*Porque ha hecho en mí cosas grandes Aquel que es todopoderoso*». Bien pueden aplicarse á María aquellas sagradas palabras del libro de los Proverbios:³ «*Abre su boca con sabios discursos, y gobierna su lengua la ley de la bondad y del amor*». Y para que entendamos que, en tan soberana elocuencia, primero pensaba atentamente, y hablaba después con profundas y suavísimas palabras, dícela el divino Esposo de los Cantares:⁴ «*Tus cabellos dorados y finos, como el pelo de los rebaños de cabras que vienen del monte Galaad. Tus dientes blancos y bien unidos como hatos de ovejas trasquiladas. . . . Como cinta de escarlata tus labios*»; porque en los cabellos simboliza los pensamientos, y en los dientes y labios las palabras.

No sólo elocuente, sino *poetisa* y distinguida en la música era la Santísima Virgen. Y que esto no era indigno de su celestial modestia ni de su altísima dignidad, pruébalo el hecho de haber descollado en la poesía y en la música los reyes David y Salomón.

1 In Luc. c. I.

2 Luc. I—49.

3 Prov. XXXI—26.

4 Cant. IV—1 y 2.

el caudillo y legislador Moisés, el profeta Jeremías y tantos otros personajes serios é ilustres del antiguo y nuevo Testamento. El *Magnificat* es un cántico poético de composición métrica, grave y suavísimo, notable por el peso de las sentencias y lo grandioso de su elocución; cántico tal, que deja muy atrás y oscurece casi por completo las más preciosas composiciones de los poetas profanos y de los sagrados profetas. Respecto á la *música*, el beato Alberto Magno afirma¹ que la Santísima Virgen estaba en ella sumamente instruída, y que con voz meliflua y en ritmo suave cantaba los Salmos de David y otros cánticos é himnos de la sagrada Escritura. A esta voz dulcísima se refiere el Espíritu Santo, al decir por el Esposo de los Cantares:² «*Suena tu voz en mis oídos; pues tu voz es dulce y hermoso tu semblante.*» Con aquellos suavísimos cánticos adormecía en su infancia al divino Niño Jesús, y más adelante disipaba en alguna manera las nubes de resignada tristeza que cubrían su bellissimo rostro; con ellos celebraba las magnificencias del Señor y sus grandes beneficios, y engrandecía en tiernas y entusiastas alabanzas el poder, la bondad y los demás atributos de la Majestad divina.

En verso compuso la Santísima Virgen el «*Magnificat*,» pues sólo las composiciones métricas se

1 Luc. I—49.

2 Cant. II—14

llaman propiamente cánticos, y su destino era el de ser cantados. Por eso algunos llaman¹ este cántico «Mariana citara, perfectísimamente templada;» Gerson² le da el nombre de «Salterio de cacordo,» ó de diez cuerdas. El Beato Canisio³ calificale de «primer himno del nuevo Testamento.» San Agustín llama con cariñoso respeto á María «timpanistría» ó tañedora de timpano, diciendo:⁴ «Oíd de qué manera canta nuestra *tañedora de timpano*: Dice pues: Mi alma engrandece al Señor.» Con admiración entusiasta hacia este inimitable Cántico, dice⁵ Santo Tomás de Villanueva: «Callen todas las Musas, enmudezcan las más celebradas entre los gentiles, y guarden silencio la furibunda Sibila, la Poesía armoniosa, la dulce Sirena y la cantadora Filomela; calle toda alabanza armónica de hombres y de aves. Suena la citara del Rey, canta la Inmaculada Virgen Madre de Dios, oigámosla cantar: Mi alma engrandece al Señor. ¡Con qué gracia, con qué elegancia rectifica, cantando, las alabanzas que la tributara su anciana prima! ¡Con qué piedad y de qué manera tan humilde refiere á Dios, dador de todos los bienes, los elogios que se la rinden, y llena de gozo, inflamada con el fervor de su espíritu dirige al Señor este

1 Theol. Mar. Palestre. XIV. Cert. III.

2 Tract. II in Magnificat.

3 Tomándolo del Beato Beda.

4 Serm. X De Sanctis.

5 In Conc. De *Visitat. Virginis*.

precioso cántico! Aquella Virgen, que tan pocas veces hablaba, siéntese como compeliada á cantar en fuerza de la magnanimidad de su espíritu.»

Y que el cantar no desdecía de la grandeza altísima de María, lo prueba el haber cantado también alguna vez el mismo « Dios hecho hombre; pues de El dice el Evangelista que la víspera de su Pasión, » «*dicho el HIMNO en acción de gracias, salieron hacia el Monte de los olivos*» San Agustín afirma que este himno fué cantado: «No es himno, observa él, » aunque sea alabanza, ni alabanza de Dios, si no se canta.» Opinión, que con estas palabras corrobora San Jerónimo: «Himno es un cántico en honor de Dios.»—Y no menos expresivo se muestra San Juan Crisóstomo, al decir⁵ del divino Jesús: «Dió gracias y cantó el himno, para que en esto le imitemos nosotros.»

1 Drexelio, p. 2. «De Christo Moriente,» c. 1, § 4.

2 Matth. XXVI—30.

3 In. Ps. XXXIX.

4 In cap. V. Amos et in cap. V. Epist. ad Ephesios.

5 Homil. LXXXVI in cap. 6. Matth.

VI

Nada acerca de los divinos misterios le enseñaron los hombres, ni aun los ángeles. Los discípulos de María adelantaron en sabiduría en breve tiempo.

La admirable sabiduría de la Inmaculada Madre de Dios nada debió jamás á la ciencia de los hombres acerca de los divinos misterios; y así lo confiesa el Doctor Eximio¹ respecto á la sustancia y al perfecto conocimiento de los misterios de la fe. En cuanto á otras circunstancias y á la inteligencia de algunos pasajes de las sagradas Escrituras, cierto que la celestial Señora nada ha aprendido de los hombres, ni convenia que éstos en manera alguna enseñasen á la que de un modo tan singular habia sido discípula del Espíritu Santo, y habia de ser después maestra de los Apóstoles y luz de toda la Iglesia, y, lo que es infinitamente más honroso, Madre de la increada Sabiduría. Que Dios nuestro Señor se ha dignado ser su Maestro, inmediatamente en unas cosas, y mediante los ángeles en otras, dícelo San Bernardo² al hablar del inefable misterio de la Encarnación, con estas palabras: «Convino que de este misterio tuviese noticia por ministerio de un ángel, más bien que por medio del hombre, para que no apareciese la Madre

1 Suárez, t. II, in 3. p. disp. 19, sect. 2.

2 Homil. IV super Missus est.